

# Cultura

Una novela negra con escenario local

## Los crímenes del 22@

José Luis Romero desvela una Barcelona violenta en su debut narrativo

XAVI AYÉN  
Barcelona

**E**n Barcelona hay mucho crimen por combatir. Que se lo pregunten, si no, al detective Evaristo Conrado, quien –tras su oscuro pasado como guardia civil en el cuartel de Intxaurren– se ha establecido por su cuenta en la Ciudad Condal, y no le van las cosas mal. Un día llega a sus manos un peliagudo caso de espionaje industrial e ingeniería genética: alguien ha robado una importante fórmula en los laboratorios Zanzibar, sitios en el barrio 22@, en el Poblenou. Ese es el arranque de la novela *Siempre quise bailar como el negro de Boney M* (Inédita), el debut en la narrativa del guardia urbano José Luis Romero (Barcelona, 1963). Obra ambientada en la Barcelona de hoy, muestra con humor la otra cara de la ciudad de diseño, cosmopolita y turística, para descubrirnos una urbe violenta y deshumanizada en la que, como dice Conrado, “los más fuertes y los más sinvergüenzas avasallan a los más débiles”.

Con un lenguaje sencillito y efectista, la ópera prima de Romero ha roto la cúpula de silencio que convierte en invisibles a los autores noveles: su libro ha sido destacado en varias revistas, su autor ha aparecido en reportajes de televisión –eso sí, vestido de policía– e incluso un entusiasta Bobby Farrell –sí, el negro de Boney M al que se refiere el título– se ha fotografiado sin ambages con la novela en su actual gira española.

“La idea me vino al leer un reportaje en *La Vanguardia* que decía que la manipulación genética sería el dopaje del futuro”, apunta Romero en una apacible terraza del centro de la ciudad, mientras mira de reojo a los africanos que venden bolsos de imitación en el suelo. “Barcelona –prosigue–, como todas las grandes ciudades, es violenta, más de lo que la gente cree. Si no quieres verlo, no lo ves, pero, hace tan sólo quince años –en el interregno entre la Policía Nacional y los Mossos–, la Rambla apareció en el ranking de las diez ca-

lles más peligrosas del mundo”. Influenciado por los clásicos –Hammett, Chandler, McDonald– y fascinado por el sueco Stieg Larsson, las frases lapidarias de este tipo duro le hacen, en ocasiones, parecerse a su personaje (¿un ejemplo?: “Se saca más de una lata lamiendo que moriendo”, para referirse al mejor

### HECHOS REALES

**“La realidad que veo en mi trabajo como policía es mucho peor”, afirma el autor**



JORDI BELVER

**Un tipo duro.** José Luis Romero, fotografiado recientemente en una cafetería de Barcelona, compagina su trabajo de policía con su labor de escritor

modo de extraer información de alguien).

La novela es muy barcelonesa. “Quería que la ciudad volviera a ser un lugar donde pasaran estas cosas, sin necesidad del FBI ni de la CIA ni de los policías de Nueva York”. Al contrario, en *...el negro de Boney M* son las policías municipal, autonómica, nacional y la guardia civil las que se reparten los papeles... como en la vida real.

El autor ha pretendido, asimismo, “dibujar la fractura social: el que tiene más cada vez tiene más, y el que menos sufre marginalidad y desarraigo. No me invento nada: los okupas, el síndrome de Diógenes –gente mayor que se abandona y aísla, acumulando desperdicios en su casa–... la realidad que veo en mi trabajo es incluso peor. Una persona mayor puede estar viviendo en su piso de propiedad del Eixample, de 800.000 euros, y, sin embargo, estar sumida en la más absoluta mendicidad”.

“Mi trabajo me ha enseñado, parafraseando a Concepción Arenal, a odiar el delito y compadecer al pequeño delincuente, no a los de guante blanco”. De algún modo, “escribo para escapar. Procuro ducharme al salir del trabajo y dejar esos temas desagradables en el desagüe. Pero aún hay cosas que te hieren”. A la hora de escribir, curiosamente, no le cuestan las escenas de violencia “aunque sí las de sexo porque me digo: ‘Uy, ¿qué pensará mi mujer?’”.

El lector poco avezado podría dudar de la verosimilitud de los bares de policías que aparecen en la obra. “Son así de cutres –asegura–. Sirven los bocadillos más baratos y tienen los lavabos más grasientos, pero en ellos, por lo menos, puedes sentarte tranquilo sin sentir la mirada de los demás clavada en el cogote, a causa del uniforme”.

Romero –que ha acabado otra novela protagonizada por un subcomisario llamado Orozco y trabaja en la segunda de Conrado– no es el primer policía en dar el salto a la novela. Hace poco, el mosso Marc Pastor ganó el premio Crims de Tinta por *La mala dona*. Saben de qué hablan.●

## El Santo Ángel

### ANÁLISIS

Francesc Peirón



**L**a ruta barcelonesa de Evaristo Conrado, el detective privado que siempre quiso bailar como el negro de Boney M, no parece ajena a la experiencia laboral del guardia urbano José Luis Romero. Las *tronchas* –vigilancias en el argot policial– y las horas diarias de *apatrullar* por Barcelona dan para mucho. Cuando menos a Evaristo le permite disfrutar de un conocimiento profundo de la geografía de la ciudad, incluidos distritos como Nou Barris o Sant Martí, muy poco presentes en la literatura urbana al uso. La Via Júlia, la plaza Ángel Pestaña o la calle Tànger –¿no es la primera ocasión que en una novela se cita el distrito 22@?– invitan a hacer una lectura distinta de Barcelona. De la experiencia del agente también bebe, come y se relaja Conrado, el detective del ibuprofeno contra la resaca.

Así, la terraza del *Viena* no es otra que la del *Cosmos*, en la Rambla, donde hace un par de noches se podían certificar “las babeantes miradas” –según el Romero escritor– de los hombres maduros cuando pasan las jovencitas. La *taberna vasca* resulta ser el Irati, de la calle Cardenal Casañas; el *Flanagan's Irish*, a la sombra de la Sagrada Família, se hace realidad en el Michael Collins, y el Manhattan Jazz Club es el Jamboree.

Sólo falta el *bar de los maderos*, el de “los bocadillos kilométricos a precio de saldo”. Hay que buscar en Bac de Roda, esquina Concili de Trento, en una zona sin tránsito turístico. Lo de buscar es real, porque en lugar alguno está el indicativo de bar. Nada. Sólo una pista, dos coches de la policía local aparcados junto al centro sociocultural Santo Ángel. Bajo ese camuflaje, el café tiene precio ZP, a 70 céntimos.

### PERFIL

## Barman, ‘gorila’, policía y escritor

■ La vida del cabo Romero –20 años en la Guardia Urbana– daría para varias novelas. Nadie, viéndolo patrullar, sospecharía de su pasado: “Fui barman en la discoteca Metro que había en la calle Llull, en los 80. Estuve también en la puerta, vestido de astronauta. Y monté mi propio pub, un local en

Roquetes al que bajaba lo mejor de cada casa, me tenía que liar a tortas con muchos clientes, algunos murieron de sida o sobredosis”. El Roquetes de su infancia no tenía alcantarillado ni transporte, pero “los vecinos secuestraban buses y los hacían subir al barrio. Y al final pusieron la línea”.